

maskil LEDAVID

Un mensaje didáctico
para las generaciones

“Debido a que no creísteis en Mí, para santificarme a los ojos de los Hijos de Israel, por lo tanto, no traerán a esta congregación a la tierra que les di a ellos.” (Bamidbar 20:12)

El propósito principal del hombre en el mundo es engrandecer el honor del Cielo y santificar el Nombre sagrado de Hashem ante las masas. En esta parashá, encontramos que Moshé y Aharón, involuntariamente y sin la menor intención, redujeron el honor de Hashem Yitbaraj al golpear la roca; y les dijo Hashem: “Debido a que no creísteis en Mí, para santificarme a los ojos de los Hijos de Israel...”, por eso, fueron castigados gravemente, de forma que perdieron el mérito de traer a los Hijos de Israel a la Tierra Sagrada.

Es obvio que esta acusación contra Moshé y Aharón es extremadamente meticulosa, ya que Hakadosh Baruj Hu es muy estricto con Sus piadosos, aun por el grosor de un pelo. No obstante, no cabe duda de que Moshé Rabenu se preocupó a lo largo de toda su vida de honrar el Nombre de Hashem, y cuidó de ello con mucho celo. Moshé, con total abnegación, se preocupó del honor del Nombre de Hashem Yitbaraj y de engrandecerlo en todo el mundo.

Uno de los ejemplos que demuestran este hecho se encuentra en esta parashá, cuando los Hijos de Israel pecaron y hablaron acerca de Hashem y de Moshé de una forma no positiva; Hashem les envió las víboras para que los mordieran, lo cual causó una elevada tasa de muerte en el pueblo. Y cuando Moshé le suplicó a Hashem que detuviera la plaga, Hakadosh Baruj Hu le dijo (Bamidbar 21:8): “Hazte una víbora y colócala sobre un asta”, y en lugar de hacer una “víbora”, Moshé hizo una “serpiente”, como dice el versículo (Bamidbar 21:9): “Y Moshé hizo una serpiente de cobre y la puso sobre el asta”.

Y la pregunta que surge es: ¿por qué Moshé no hizo tal como fueron las palabras de Hashem?

Los comentaristas explican que las serpientes les llegaron como castigo debido a que habían chismearo acerca de Hakadosh Baruj Hu, lo cual fue precisamente el pecado de la primera serpiente (najash), en la época de Adam Harishón y Javá. Y las víboras les llegaron a los Hijos de Israel también como castigo por chismear acerca de Moshé; al que ofende a los Talmidé Jajamim le corresponde como castigo ser mordido por una víbora (saraf), como

dijo el Taná (Tratado de Avot 2:10): “Y sus susurros son como los susurros de una víbora”. Y en hebreo, la palabra “víbora” es la misma que la palabra “serafín”: saraf (סָרַף).

Y cuando Moshé clamó a Hashem Yitbaraj, Hakadosh Baruj Hu le dijo: “Hazte una víbora (saraf)”, es decir, que Hakadosh Baruj Hu le dio esta orden en concordancia con la falta de respeto que el pueblo tuvo hacia Moshé Rabenu, lo cual le dolía a Hakadosh Baruj Hu más que la falta hacia Su propio honor. Por eso, Hakadosh Baruj Hu le dijo a Moshé que hiciera una víbora (saraf), para insinuar la falta de respeto hacia Moshé. Pero Moshé Rabenu, por su gran humildad y modestia, se preocupó del honor del Cielo, el honor de Hashem Yitbaraj, más que de su propio honor particular, por lo que hizo una serpiente (najash), para insinuar la falta de respeto hacia Hashem Yitbaraj. Es decir, Moshé obvió su propio honor en favor del honor del Cielo, sin sentir el menor remordimiento.

Y, además, dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (citado por Rashí en Bamidbar 20:11), que, efectivamente, al principio, Moshé le habló a la roca, tal como le había ordenado Hakadosh Baruj Hu, solo que de dicha roca apenas si brotó un poco de agua, con lo cual no se podía suplir la demanda del pueblo. Entonces, Moshé decidió golpear la roca. No obstante, Hakadosh Baruj Hu tenía en mente otra cosa; Hakadosh Baruj Hu quería que Moshé Rabenu le volviera a hablar a la roca, sin perder las esperanzas, hasta que saliera abundante agua.

Todo esto con el fin de enseñarle al pueblo una regla de vida: aun cuando la persona pida algo de Hashem Yitbaraj, y le pida, rogándole mucho, que lo salve de su angustia, de todas formas, aun cuando no vea una respuesta inmediata a su pedido ni que sus plegarias sean respondidas, no debe perder las esperanzas —jalila—, y no debe “golpear la roca” de la fe que tiene en su ser. El Pueblo de Israel podría haber aprendido este poderoso mensaje si Moshé Rabenu hubiera insistido en hablarle a la roca, una y otra vez, hasta conseguir lo que se necesitaba. No obstante, cuando Moshé Rabenu elevó su vara y golpeó la roca, se desvaneció aquella moraleja, ese mensaje potente destinado al Pueblo de Israel. Por lo tanto, Hashem Yitbaraj se enojó, pues, más allá de la falta del honor del Cielo que esto representaba, los Hijos de Israel perdieron la oportunidad de aprender una gran e importante lección que habría sido efectiva para todas las generaciones.

Que sea Su voluntad que tengamos el mérito de engrandecer y santificar siempre el Nombre de Hashem Yitbaraj con nuestros actos, y que Su Nombre sea elevado, glorificado y alabado en medio de todas las naciones. Amén veamén.

7 de tamuz de 5784
13 de julio de 2024

891

Jukat



Hilulá

7 de julio
Ribí Simjá Bónam Álter,
el Admor de Gur.

8 de julio
Ribí Jaím Mashash.

9 de julio
Rebe Menajem Mendel
Schneerson

10 de julio
Ribí David Jasín.

11 de julio
Ribí Tzví Hirsch,
autor de Atéret Tzeví.

12 de julio
Rabenu Yaakov, el Báal Haturim.

13 de julio
Ribí Eljanán Wasserman —que
Hashem vengue su sangre—.





Divré Jajamim

Pensamientos que surgen al cortar cebolla

“Éste es el estatuto de la Torá.”
(*Bamidbar* 19:2)

Rashi explica que, con esto, Hashem quiso decir: “Es un decreto delante de Mí: no tienes derecho de apelar”.

Se cuenta acerca del Rav Hakadosh, Ribí Jaím de Sanz, *ziaa*, autor de *Divré Jaím*, que tenía una costumbre inquebrantable de cortar, él mismo, el huevo cocido y la cebolla que se acostumbra a comer en la comida de la mañana de Shabat.

Esta costumbre no les estaba muy clara a los miembros de su congregación de *jasidim*; ¿a qué se debía que el Rav, personalmente, se dedicara a hacer esto en medio de la comida? Pero él nunca les había dado una explicación al respecto.

Sucedió, una vez, que un campesino simple e ingenuo participó de la mesa del Rav; cuando vio que, en medio de la comida, el Rav cortaba los huevos cocidos y la cebolla él mismo, no pudo contener su sorpresa y, sin la menor contemplación, le preguntó directamente: “Ribí, ¿por qué hace eso? ¿Acaso no podía cortar la cebolla antes de sentarse a la mesa?”.

El Rav le sonrió y le dijo al campesino: “Toda la esencia de la cebolla radica en su cualidad de picante. Si la cortara antes, ¿de qué serviría su preparación? ¡Todo su efecto se perdería!”.

El campesino quedó satisfecho con la respuesta, pero los *jasidim* murmuraron entre ellos, y concluyeron que ese no era el motivo...

Luego de un tiempo, volvió a suceder lo mismo. Llegó un Rav y Dayán, conocedor de la Halajá, a participar de la mesa de Ribí Jaím de Sanz y gozar de su hospitalidad, a pesar de que no era de la facción de *jasidim*. También este Rav, como el campesino anterior, se asombró de la costumbre, y preguntó con discreción: “¿Por qué el Rav tiene que cortar la cebolla precisamente en este momento, en medio de la comida?”.

El Rav le sonrió y le dijo: “¿Acaso usted no es conocedor de la Halajá? Usted debe saber bien cuántas transgresiones de Shabat pueden surgir con solo cortar una cebolla, y, por ende, para que la Rabanit no tropiece con ninguna de ellas —*jalila*—, me preocupo de cortarla yo mismo, de modo que no les surja un tropiezo a las mujeres *tzadkaniot*”.

El Rav y Dayán quedó satisfecho con la respuesta, pero la congregación de *jasidim* volvió a murmurar, con la certeza de que

esa no era la razón, pues la Rabanit, la esposa del Rav Jaím, era experta en las *halajot* relacionadas con la preparación de alimentos en Shabat. De modo que todavía era un misterio la implicación del Rav Jaím de Sanz en este preparativo de la mesa sagrada de Shabat.

Pasaron los años, y un *jasid* anciano entró donde el Rav Jaím, y se dirigió a él diciéndole: “Mi querido Rav. Por muchos años, le he servido y he aprendido de usted la mayoría de mi Torá, tanto la escrita como la oral, la revelada como la oculta. Solo me hace falta saber una cosa: ¿a qué se debe que Rabenu acostumbra a cortar él mismo la cebolla en la mesa, en medio de la comida de Shabat?”.

El Rav, con rostro reluciente, le dijo: “Es sabida la famosa explicación de que muchas de las cosas que se acostumbra hacer para el día de Shabat Kódesh, el día séptimo, tienen un equivalente numérico de siete, como, por ejemplo, la luminaria, que en hebreo se escribe *ner* (נר), tiene un equivalente numérico minimizado de siete (es decir, נ equivale a 50, pero se minimiza a 5; ר equivale a 200, pero se minimiza a 2; juntas equivalen a siete). También las palabras *yayin* (יין: ‘vino’), *dag* (דג: ‘pescado’), *marak* (מרק: ‘sopa’), *basar* (בשר: ‘carne’)... todas tienen el equivalente numérico de siete, hasta que llegamos a la mañana y nos encontramos con la tradicional cebolla, que en hebreo es *batzal* (בצל), cuyo equivalente numérico es catorce. De modo que, para corregir esto, soy meticuloso de ser yo mismo el que la corta precisamente en siete pedazos”.

Y los que les gusta hacer comentarios explican que cada una de las tres respuestas que dio el Rav expone una faceta distinta:

En su respuesta al campesino, se insinuó el tema de la cualidad de picante, es decir, la sagacidad en el estudio de Torá y el apego a Hashem Yitbaraj; en su respuesta al Rav y Dayán, se habló acerca de la gran necesidad de saber y del hecho de ser cuidadosos en las leyes de la observancia de Shabat, a fin de no tropezar ni transgredir prohibiciones claras en Shabat; y en la respuesta al *jasid* anciano, se demostró el hecho de tratar de no ser parecidos a los animales que hacen las cosas como se les venga en gana, sino que, por el contrario, se debe actuar con un motivo explícito: es importante conocer a tu Creador y cuál es tu deber en Su mundo.



DEL TESORO

Basado sobre las enseñanzas del Gaón y Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

La mañana atestigua acerca del hombre

“Éste es el estatuto de la Torá [...]: el hombre que muera en la tienda...” (*Bamidbar* 19:2-14)

Nosotros debemos recordar, y tener bien claro y grabado en nuestras mentes las sagradas palabras de Marán, el Tzadik, el Báal Shem Tov Hakadosh, *ziaa*, que explicó por qué, lamentablemente, vemos a veces una falta de temor del Cielo aun entre las personas que se sientan a estudiar Torá. ¿Cómo puede ser?

El Báal Shem Tov explicó que todo depende del día. Cuando la persona despierta de su sueño, tiene que comenzar de inmediato con temas espirituales; levantarse con diligencia para el servicio a Hashem, *Baruj Hu*, diciendo: “*Modé aní...*”, con mucha concentración, y agradeciéndole a Hakadosh Baruj Hu de todo corazón por toda la maravillosa Creación, y de inmediato, correr al Bet Haknéset para la *tefilá* de Shajarit. Si la persona se condujo de esta forma, y comenzó su día con mitzvot y buenas acciones en honor de Hashem Yitbaraj, entonces, el comienzo de su día demuestra lo que le seguirá a continuación. De esta forma, el temor del Cielo quedará impregnado en su rostro. No obstante, si se levantó con pereza y todo lo que tiene en la cabeza son pensamientos vanos y mundanales, ya al levantarse comienza con todo tipo de asuntos materiales, como comida y bebida y cosas banales. Solo después de esto es que se acuerda de Hashem Yitbaraj y se dirige a la *tefilá*. Una persona como ésta indudablemente no tendrá temor del Cielo, porque comenzó su día con sus necesidades egocéntricas, ocupándose de lo material. No cabe duda de que la *Shejiná* no se posará en él.

Esto es lo que quiere decir el versículo con “Éste es el estatuto de la Torá [...]: el hombre que muera en la tienda...”. Lo principal de la Torá depende de cómo la persona comienza el día, al momento en que dormía en su cama como un cuerpo inerte dentro de una tienda. Y he aquí que ahora se despierta de esa “muerte”; si se levanta con mucha diligencia para realizar su servicio a Hashem, haciéndolo con ímpetu y alegría para servir a Hashem, he aquí que ésta es toda la Torá entera, ya que todo el día depende de cómo se comienza. Cuando esta costumbre es para la persona como un estatuto inquebrantable de la Torá, sin hacer preguntas y sin dar todo tipo de excusas — como “Estoy muy cansado” o “Me siento débil” —, no cabe duda de que, en la continuación del día, la Torá estará a la cabeza de todos sus asuntos, y tendrá el temor del Cielo impregnado en su rostro.

Pero si la persona no sigue este estilo de vida como un estatuto que no se puede transgredir, sino que se levanta con pereza y se dedica primero a cosas particulares, y cada día, la Inclinação al Mal le sugiere todo tipo de excusas para no movilizarse con diligencia, eso le enturbiará todo el día entero, y así lo perderá todo. Esa es la raíz del mal que causa la falta en el temor del Cielo.



PERLAS DE LA PARASHÁ

Reflexiones inspiradoras

El mérito de Miriam fue solo gracias a Moshé

“Y no había agua para la congregación, y se reunieron contra Moshé y contra Aharón.” (Bamidbar 20:2)

Y en aquel episodio surge un punto que llena de asombro: luego de que el pueblo se reunió contra Moshé y contra Aharón para protestar acerca de la falta de agua en la congregación, se pusieron a discutir solo con Moshé, y no con Aharón, como lo atestigua seguidamente el versículo: “y el pueblo discutió con Moshé”. ¿Por qué?

El Gaón, Ribí Eliahu Jay Demeri, *zatshal*, provee su versión de la explicación en su libro *Pitaj Hasemadar*:

Rashí escribió que, durante los cuarenta años que estuvieron en el desierto, los Hijos de Israel tuvieron la fuente de agua por el mérito de Miriam, porque ella había esperado para ver qué iba a pasar con Moshé Rabenu después que su madre lo hubiera puesto en la canasta en el río; por este mérito de ella, el Pueblo de Israel tuvo la fuente que les proveyó de agua durante su estadía en el desierto.

Pero, si lo pensamos bien, podremos deducir que todo el mérito de Miriam fue gracias a Moshé; él fue la causa por la que Miriam tuvo dicho mérito. Por ello, si cuando Miriam falleció y la fuente desapareció junto con ella, Moshé Rabenu todavía se encontraba con vida entre ellos, ¿por qué Moshé Rabenu no les proveyó de agua y les devolvió la fuente tal como estaba, por el poder de su propio mérito?

Ese fue, de hecho, el argumento del pueblo en contra de Moshé precisamente, y no en contra de Aharón, pues, de acuerdo con la deducción que hizo el pueblo, el solo mérito de Moshé Rabenu debía haber podido devolver la fuente de agua al pueblo. Por ello, el pueblo se puso a discutir solo con Moshé y no con Aharón.

Agua “dentro” de la roca

“Y golpeó la roca con su vara dos veces.” (Bamidbar 20:11)

El autor de *Beer Maim Jaím*, Ribí Jaím de Chernóbil, *zatshal*, nos presenta una perla maravillosa, por medio de una insinuación.

Si a la palabra en hebreo *sela* (סֵלָע: ‘roca’), le agregamos los nombres de las letras que componen dicha palabra, tendremos *sámej* (סָמֵךְ), *lámed* (לָמֶד) y *ain* (עַיִן). Si a la palabra *sámej* en hebreo, le sacamos la primera y la última letras, quedará solo *mem* (מ); asimismo, si a la palabra *lámed*, le sacamos la primera y la última letras, quedará también la letra *mem* (מ); y si hacemos lo mismo con la palabra *ain*, quedaría solo la letra *yod* (י). Juntas, todas estas letras forman la palabra en hebreo *maim* (מַיִם), que significa ‘agua’.

Por lo tanto, Moshé Rabenu golpeó la roca dos veces, para quitar las letras del principio y las letras del final, de modo que quede solamente ‘agua’. Eso es lo que quiere decir el versículo: “Y golpeó la roca con su vara dos veces, y brotaron aguas abundantes”

La altura no tiene importancia

“Le dijo Hashem a Moshé: ‘No le temas, porque en tus manos te lo he entregado, a él y a todo su pueblo.’” (Bamidbar 21:34)

Moshé, al principio, tenía miedo de guerrear contra Og, rey del Bashán, no debido a la altura de Og, sino porque temía que el mérito de Abraham lo protegiera. Así escribe Rabenu Bejáyá:

Hakadosh Baruj Hu recompensó a Og por los pasos que había dado cuando fue a hacerle saber a Abraham Avinu que su sobrino Lot había sido tomado cautivo. Cuando Moshé fue a guerrear contra Og, temió de él; se dijo a sí mismo: “Yo tengo 120 años y aquel tiene más de quinientos años. Si no fuera porque tiene ese mérito de antaño, él no tendría todos esos años”.

Pero Hakadosh Baruj Hu le dijo a Moshé: “No le temas, porque te lo he entregado en las manos; es decir, puedes matarlo con tus propias manos, y hacerle lo que le hiciste a Sijón”. Y lo que se dijo en la Guemará, que Moshé Rabenu golpeó a Og en su tobillo y lo mató, insinúa que Moshé anuló el mérito de Og y la recompensa por sus pasos.



BAMSILÁ naalÉ

Pasajes de fe y confianza en Hashem de la pluma de *Morenu Verabenu*, el Gaón, el Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

Ser enterrada con santidad

El señor Dayán, *zal*, era una figura conocida en Francia. Cuando falleció, era obvio que miles de personas participarían de su funeral. Mi querido alumno, Ribí Gabriel Elbaz, también deseaba acompañar al señor Dayán a su lugar de descanso final. Junto con algunos de sus alumnos, Ribí Elbaz fue al cementerio en el cual el Sr. Dayán sería enterrado.

Ante su sorpresa, encontraron el cementerio completamente vacío. Los únicos que estaban allí eran unas personas que acompañaban a una mujer difunta a su tumba. Ribí Gabriel les preguntó si el funeral del señor Dayán ya había sido llevado a cabo y le dijeron que, según sabían, tendría lugar una hora más tarde.

Al oír eso, Ribí Gabriel comprendió que por alguna razón Dios había hecho que él y sus alumnos llegaran allí a tiempo para el funeral de esa mujer. Sin ninguna duda, Él deseaba que participaran en el funeral de esa mujer, que estaba teniendo lugar en esa sección alejada de Francia.

Eso fue lo que hicieron.

En Francia, lamentablemente, hay una ley que establece que los sepultureros no judíos que cavan la tumba son los que deben bajar el cuerpo a la tierra. De acuerdo con la ley de la Torá, eso no es lo ideal, sino que deben ser judíos quienes bajen el cuerpo. Es necesario mantenerse firme para defender los derechos de un judío para que permitan que un ser querido reciba un adecuado entierro judío.

Al llegar al lugar de la tumba, Ribí Gabriel y sus discípulos vieron que los sepultureros no judíos todavía no habían llegado para bajar el cuerpo de esa mujer. Entonces, aprovecharon la oportunidad y lo hicieron ellos mismos.

Apenas terminaron de enterrar a la mujer de acuerdo con la ley de la Torá, llegaron los sepultureros no judíos. La mujer tuvo un entierro judío ideal.

Una hora más tarde, la procesión fúnebre del señor Dayán llegó al cementerio. A pesar de las miles de personas que lo acompañaban, fueron los sepultureros no judíos quienes bajaron el cuerpo a la tierra. Él no tuvo el mérito del que gozó una simple mujer al ser enterrada por judíos.

Al reflexionar sobre lo ocurrido, Ribí Gabriel concluyó que esa mujer debía haber tenido algún mérito a su favor. Seguramente, ella había hecho alguna mitzvá especial, lo cual le brindó el mérito de tener un adecuado entierro judío.



יָדֶיהָ שִׁלְחָה בְּכִישׁוֹר וְכַפֵּיהָ תִּמְכּוּ פֶּלֶךְ:

“Sus manos envió a la rueca, y sus palmas sostienen el huso.” (Mishlé 31:19)

Las parteras Shifrá y Puá, las mujeres virtuosas en la época cuando el Pueblo de Israel estaba siendo forjado en el crisol de Egipto, recibieron esos nombres debido a sus oficios, como explica Rashi: Shifrá era Yojéved, y fue llamada Shifrá (שִׁפְרָה) porque su oficio era el de “mejorar” —en hebreo, *leshaper* (לִשְׁפֹּר)— a los recién nacidos, es decir, atenderlos de la forma más provechosa, inmediatamente después de nacidos. Y Puá era Miryam, quien se llamó así porque calmaba a los recién nacidos haciéndoles sonidos con la boca (“puá, puá, puá...”), y hablándoles.

Ribí Shimshón Pincus, *zatza*, explica que la labor principal que estas parteras realizaron fue rescatar a los bebés de la muerte, y a pesar de esto, no fueron llamadas de acuerdo con esta función, sino de acuerdo con acciones, aparentemente, mucho más simples, relacionadas con la atención de los bebés apenas nacen. Lo correcto hubiera sido que fueran llamadas con un nombre que hiciera referencia a la salvación que ellas proveyeron, que hicieron heroicamente, yendo en contra de la orden del faraón, y siguiendo solo la voluntad de Hashem. Ello demostró, más que nada, el temor del Cielo que ellas tenían. Siendo así, entonces, ¿por qué recibieron nombres basados en labores tan simples?

Podremos comprender esto según una anécdota que sucedió con la esposa del Gaón, Ribí Shelomó Hymann, *zatza*. Ella fue conocida por sus actos de tzedaká que hacía con todo el que lo necesitaba. Particularmente, se destacó en su dedicación para casar huérfanas; ella se preocupaba de todo lo que ellas necesitaban, desde el principio hasta el final.

En una ocasión, el Gaón, Ribí Shelomó y su esposa estaban por salir a la boda de una de las huérfanas por la que también se había preocupado la Rabanit. A punto de salir, ya casi en la puerta de la casa, Ribí Shelomó le preguntó a su esposa: “¿Le compraste a la novia un ramo de flores?”. “No”, fue la respuesta de la Rabanit. “Pensé que no estaba obligada hasta ese punto, ya que, literalmente, le arreglé todo lo que ella necesitaba para la boda, desde la vestimenta hasta el último de los artículos de la dote, pasando por los muebles y demás enseres de la casa”, se justificó la

Rabanit. “¿Qué importancia tiene un ramo de flores?”, preguntó.

“Ve y cómprale también un ramo de flores”, solicitó Ribí Shelomó, y procedió a explicar: “Si la madre de la novia estuviera con vida y la hubiera podido casar, ella indudablemente, se habría ocupado de comprarle también un ramo de flores. Siendo así, a pesar de que te ocupaste de todos los mayores detalles, no puedes permitir que una huérfana sienta, en el día de su boda, la falta de su madre. Ella tiene que sentirse como todas sus compañeras. Ven, vamos a comprarle un ramo de flores para que se sienta como todas las demás”.

El Rav Pincus explica con una parábola: “Un pequeño bebé se encuentra en el hospital. El equipo de médicos y enfermeras se encuentran a su alrededor para atenderlo y atestiguan que la condición del bebé no es de la mejor. En medio de la atención que le están dando, una de las mujeres que atiende al bebé solo se dedica a hacerlo reír y trata de toda forma posible de calmarlo. De inmediato, comprendemos que dicha mujer es la madre del bebé porque, a pesar de que todo el personal que se encuentra presente se esfuerza con todas sus energías en sanarlo, y hacen todo lo que está al alcance de sus manos para ayudar al bebé, la madre siempre hace más; ella siempre piensa en qué más se puede hacer para el beneficio del bebé. Ella pensará hasta en el más ínfimo detalle, que, aparentemente, puede ser de lo más insignificante y que quizá no influya en la cura del bebé, que se encuentra en una condición muy crítica, pero así es una madre...”

La Torá quiere acentuar que el *jésed* que hicieron las parteras es perfecto. Ellas no se preocuparon solo de que los bebés vivieran, sino que quisieron que ellos tuvieran todo lo que una madre les hubiera provisto si hubiera podido ella (la madre) ser también la partera. Por eso, la Torá las llamó por el nombre de estos actos, que atestiguan acerca del *jésed* perfecto que dichas parteras llevaron a cabo.

Ésta es, por ende, la esencia de la alabanza de la mujer virtuosa, “cuyas manos envía a la rueca”, con la habilidad innata de una madre devota y misericordiosa, que cría y ayuda a los niños de Israel, a la generación por venir; y las palmas de sus manos crea y deja una señal emocional también sobre el alma abusada, cuya

niñez ha sido hilada con orfandad, carencia de lo necesario y falta de apoyo reconfortante.

¿Por qué la huérfana irrumpió en llanto?

Ribí Yitzjak Yerujam Diskin, *zatza*, el hijo del Maharil, *zıaa*, fue conocido como uno de los grandes Sabios de Jerusalem, antes del establecimiento del Estado de Israel. También fue conocido como el fundador de la conocida institución, el orfanato Bet Yetomim Diskin, en el cual se criaron cientos de huérfanos que quedaron sin respaldo alguno.

En la casa del Gaón, residían varias niñas huérfanas a las cuales todavía no les había encontrado un hogar donde colocarlas. Su esposa, la Rabanit, siempre se ocupaba de ellas, bañándolas, y atendiéndolas con gran entrega.

Pasaron los días, y Ribí Yitzjak Yerujam se percató de que una de las niñas, después de que la Rabanit la bañaba, siempre sollozaba y lloraba, y era difícil tranquilizarla. Ribí Yitzjak Yerujam, sorprendido ante esta reacción de la niña, le sugirió a la Rabanit: “Quizá le entró un poco de jabón en los ojos y por eso llora”. Pero la Rabanit le respondió que ella se preocupaba mucho de que eso no ocurriera al bañar a las niñas; de modo que eso no podía ser.

Con esa respuesta, Ribí Yitzjak Yerujam se dirigió a la niña y le preguntó directamente: “¿A qué se debe que lloras?”.

Al principio, la niña no quiso responder a la difícil pregunta, pero, con la insistencia del Rav, ella se sintió incómoda al no contarle, de modo que, irrumpiendo en llanto, le dijo:

“Mi mamá, *aleha hashalom*, no solía supervisarme tan de cerca a la hora de bañarme como lo hace la Rabanit. Pero hay algo que sí me hace falta al bañarme. Mi madre, *aleha hashalom*, después de bañarme, solía darme un beso en la frente. Ese beso me hace tanta falta, y por eso lloro cada vez que me baño”.

A partir de esta anécdota, Ribí Yitzjak Yerujam dijo: “Aprendimos de aquí el valor incalculable de un acto muy pequeño que hacemos con un niño huérfano. Y mi esposa, quien es perfecta en su conducción al respecto, hace su labor en Nombre del Cielo, de forma tal que despierta gran asombro”.



“Prueben y vean cuán bueno es Hashem”

Anuncio importante: Besiatá Dishmaíá,
los shiurim de **Morenu Verabenu,**
el Admor, **Ribí David Jananiá Pinto, shlita,**
están disponibles en hebreo, español, inglés y francés

**en el sitio web de Kol Halashón
o llamando directamente al teléfono**

+972733-718-144

Para recibir un divré Torá a diario

de **Morenu Verabenu** el honorable Admor,
Ribí David Jananiá Pinto, shlita

- Envíe un mensaje al número apropiado -

Francés

+972587929003

Inglés

+16467853001

Hebreo

+972585207103

Español

+541141715555